

DIÁLOGOS CON MACHADO
Jornadas poéticas en Sevilla

“Del uno al otro”

Centro Cultural Santa Clara
18 de febrero 2011,
19 horas

.....

Intervención de Isabel Escudero

“Diálogos con Machado”

1. Introducción: ¿Preguntar?

Se pretende que estas sesiones sean “Diálogos”: que se hable con el otro, sea quien fuere el otro, *¿tú? ¿yo?, ¿contigo? ¿conmigo y contra mí?*, (recordar lo que don Antonio nos decía: “Con el tú de mi canción/ no te aludo compañero;/ ese tú soy yo”), o también cuando interpelaba a su soledad, su sola compañía: “responde a mi pregunta: ¿Con quién hablo?... (siempre velada al dialogar conmigo”...)

Hablar en diálogo, o soliloquio dialogado, pero con lengua suelta y desmandada, no como simple conversación sino preguntando, haciendo que la lengua, que es *razón común*, se vuelva sobre sí misma y pregunte: que la *pregunta pregunte su propia interrogación*. Porque: *¿Quién es el que pregunta? ¿Y qué pregunta qué? Sócrates, o cualquier niño todavía no domesticado, antes de decir ¿Por qué? pregunta ¿Qué? ¿Qué es qué? ¿Qué cosa? ¿Esto qué es?* Preguntar es el tábano del pensar, su descontento: si algo nos enseñó don Antonio fue a preguntar primero, y después a escuchar, así que es su magisterio en preguntar dialogando, el que nos va guiar.

Oigamos:

Para dialogar,
preguntad primero;
después... escuchad.

*

En preguntar lo que sabes
el tiempo no has de perder...
Y a preguntas sin respuesta
¿quién te podrá responder?

*

Mas busca en tu espejo al otro,
al otro que va contigo.

*

El ojo que ves no es
ojo porque tú lo veas;
es ojo porque te ve.

*

Busca a tu complementario,
que marcha siempre contigo
y suele ser tu contrario.

*

Lo vi pasar en sueños...
buen cazador de sí mismo,
siempre al acecho.

*

No estrañéis, dulces amigos,
que esté mi frente arrugada:
yo vivo en paz con los hombres
y en guerra con mis entrañas.

*

Porque eso del Hombre ya empieza a resultarle sospechoso a don Antonio... se abren algunas fisuras en su buena filantropía...(¡pura profecía de adónde íbamos a parar con tanta patriotería del humanismo!)

Yo he visto garras fieras en las pulidas manos.
Conozco grajos mélicos y líricos marranos...
El más truhán se lleva la mano al corazón
y el bruto más espeso se carga de razón.

*

El hombre a quien el hambre de la rapiña acucia,
de ingénita malicia y natural astucia
formó la inteligencia y acaparó la tierra.
¡Y aún la verdad proclama! ¡Supremo ardid de guerra!

*

Doy consejo, a fuer de viejo:
nunca sigas mi consejo.

*

Y es en soledad, en soledad poblada o en soledad desnuda, donde se
esconde a seguir buscando...recordemos aquel sueño dialogado:

¡Oh soledad, mi sola compañía,
oh musa del portento, que el vocablo
diste a mi voz que nunca te pedía!
Responde a mi pregunta...¿con quien hablo?
Ausente de ruidosa mascarada
divierto mi tristeza sin amigo
contigo, dueña de la faz velada,
siempre velada al dialogar conmigo.
Hoy pienso: este que soy será quien sea:
no es ya mi grave enigma este semblante
que en el íntimo espejo se recrea,
sino el misterio de tu voz amante.
Descubre tu rostro, que yo vea
fijos en mí tus ojos de diamante.

*

La soledad también le dice que hay cosas claras, que no son verdad...

En mi soledad
he visto cosas muy claras
que no son verdad.

*

Unas pocas palabras verdaderas, sí, pero verdaderas en el sentido de que no mienten, de que descubren la mentira de la Realidad. No le duelen prendas a don Antonio en reconocer la sospecha de que quizá no pueda haber verdad en la Realidad (aunque vengas conmigo a buscarla); que no podemos cazarla; como la huella de algo que pudo haber sido, siempre en fuga interminable: decir verdad tal vez sería como decir AHORA y ahora nunca está aquí, se nos escapa ya en el hecho mismo de decirlo: AHORA no hay quien lo coja.

Pero don Antonio sigue preguntando, con ese preguntar que es respirar por la herida, la suya, la tuya, la de cualquiera, la herida común.

¿Y ha de morir contigo el mundo mago
donde guarda el recuerdo
los hálitos más puros de la vida,
la blanca sombra del amor primero,
la voz que fue a tu corazón, la mano
que tú querías retener en sueños,
y todos los amores
que llegaron al alma, al hondo cielo?
¿Y ha de morir contigo el mundo tuyo,
la vieja vida en orden tuyo y nuevo?
¿Los yunques y crisoles de tu alma
trabajan para el polvo y para el viento?

2.- Puesta en escena

Querido don Antonio, intentaré responderle a mi manera a esa última pregunta que se hace y nos hace. No todo se pierde en polvo y viento, la prueba es que su voz ya sin ti sigue resonando viva en el aire.

Además si algo no hay es el olvido. Voy a traer hasta aquí un viejo recuerdo que, aunque perdido, llevo vivo en mi memoria. Un recuerdo de mi lejana infancia que tiene que ver con usted. Otra forma de diálogo con usted y a la vez conmigo misma, en *doble soliloquio*.

Es algo que nunca conté y que tiene que ver con el hecho de cómo lo conocí, quiero decir de cómo llegaron sus versos por primera vez hasta mí y cómo después salieron de mi boca.

Recuerdo infantil

Yo fui alguna vez por los años cuarenta, allá en La Serena extremeña, una niña: la hijita de una maestra y un maestro de pueblo, maestro nada anónimo por cierto, pues ya era por allá bien conocido de joven y soltero, no sólo por su luciente moto alemana que como una centella cruzaba el interminable secano para acudir hasta los cortijos a enseñar a leer y escribir a niños y pastores en su personal cruzada pedagógica, sino también por su pasado republicano y sus largas estancias en Madrid para completar Estudios Superiores donde frecuentó la Institución Libre de Enseñanza.

Después de la guerra, el que sería mi padre, había logrado escapar del exterminio huyendo a los montes y bajando furtivamente alguna noche a ver a mi madre, (una joven maestra extremeña que conoció en la manchega Granátula con la que casó y se la trajo con él a La Serena). Pasado algún tiempo el fugitivo asilvestrado decidió bajar definitivamente del monte y volver al pueblo porque yo iba a nacer. Bajo miles de amenazas y vigilancias de las autoridades vencedoras (que aún a pesar de sus ideas le respetaban), le reintegraron a la escuela... Y así fueron mi padre y mi madre, a la vez y durante muchos años, maestros en Quintana de la Serena.

Entonces, usted bien lo sabe, las maestras daban clase a las niñas y los maestros a los niños. Pero en mi caso fue al contrario: desde los cuatro años yo fui a la escuela de niños, a la de mi padre. Él me llevaba de la mano cada mañana, y cada tarde, cumpliendo así con fidelidad, como nunca vi a maestro alguno, su oficio al seguir al pie de la letra la función conductora del *peda-gogo*. Mi madre, en cambio se hizo cargo de mi hermanillo que nació tres años más tarde que yo.

Y ahora por fin, don Antonio, llega el momento de mi encuentro con usted, con su sombra habladora. Perdóneme si me demoro un rato en revivir lo que tengo por sagrado. Recuerdo, apenas tendría yo seis años, una tarde lluviosa de principios de invierno, los escolares ateridos, pegados a nuestras calderillas de ascuas encendidas, guardábamos silencio mirando caer la lluvia tras los cristales mientras esperábamos que mi padre y maestro (que por cierto también se llamaba don Antonio), terminara de pintar con tiza en el encerado negro una escena que por el día de la semana que era, debería referirse a alguna escena de la Historia Sagrada. (Su fuerte eran las matemáticas y el contarnos historias preferentemente del Antiguo Testamento que a la vez que nos embelesaban y aterraban). Recuerdo todavía con cierto pavor la historia de Abraham y el sacrificio de Isaac, que alguna vez hasta nos lo hizo representar dramáticamente en la tarima de la escuela,

haciendo él mismo de padre terrible y eligiendo a un pobre muchachito para que arrodillado pusiera su cabecita doblegada sobre una pila de libros mientras él blandía la regla de amenazante filo en alto. Y a mí, su niña listilla, su Isabelita toda tirabuzones, me había asignado la figura del ángel celestial que se descolgaba de lo alto y que en nombre de Dios le detenía la mano y daba testimonio de haber probado su FE y obediencia al mandato divino, otorgándole así el visto bueno de los Cielos. Mi padre y Maestro tenía la rara habilidad de desconcertarnos y lo mismo que nos presentaba tamaña barbaridad con tan crudo realismo, a la par, y como razón de descargo, soltaba alguna sonora blasfemia hacia lo Alto, un palabro de su invención, como un trabalenguas onomatopéyico que nos hacía reír a carcajadas. Luego le daba un caramelo o una goma de borrar al pobre Isaac y sobándole cariñosamente la pelada cabeza, añadía socarrón: “Ya ves, criatura, tú no te fíes ni de tu padre”. En cambio aquel maestro parecía confiar en nosotros, comprendíamos sus rarezas, sabíamos guardarle el secreto, los niños de entonces no íbamos con cuentos a nuestra familia de si el maestro había dicho alguna palabrota o hecho algo raro, o nos había soltado algún pescozón, no como hacen hoy los cachorros del Régimen del Bienestar, (el que padecemos), que ha logrado fabricar desde temprano niños policíacos y denunciadores de todo lo que no esté mandado como políticamente correcto. (¡Tan alimentados están los pobres de información desde el biberón!) Además, en mi caso ¿a qué padre íbale yo a ir con el cuento de lo que dijera el Maestro cuando mi padre era a su vez mi Maestro y mi Maestro mi padre?

Pero aquella tarde lluviosa, don Antonio, quiero decir, mi padre, se puso a pintar en el encerado otra escena bíblica, ésta bien conocida: era un hombre huyendo que blandía una quijada de asno en la mano mientras que allá tirado en el suelo desangrándose sobre un charquito colorado había otro hombre que se moría. Y claro todos pensamos: Caín y Abel. Pero ¿qué hizo el maestro entonces? No explicó nada. Se limitó a alargar su mano y hurgó detrás de una estantería empolvada sacando de allá un libro viejo que tenía en secreto medio escondido y que yo no conocía: era de pastas rústicas ocres con una greca granate que enmarcaba el título: *Poesías completas*. Algo más arriba estaba escrito su nombre, el nombre de usted: Antonio Machado; entonces mi padre me llamó por mi nombre de alumna, con los dos apellidos, y me dijo solemnemente: “a ver si usted, señorita, nos recita en alta voz esta poesía”: y me dio el libro abierto por la página indicada. Yo ya sabía leer de carrerilla y hasta escribir en redondilla: había pasado en un *plis plas* directamente de la cartilla primera a los versos gracias a esa pasión de mi padre, que no era hacia la poesía en general, sino más bien tan sólo hacia algunos versos de unos pocos poetas, el primero usted, don Antonio. Fue así como mi padre y maestro puso por primera vez en mi boca sus versos y ya ve que no lo hizo en nuestra salita de estar en

casa, (donde tantas tardes pasábamos juntos leyendo), sino allá en la escuela y de viva voz, como diciéndome: “Niña, no lo olvides, es así en alta voz como has de llevarte la poesía a la boca, que suenen los versos de viva voz: hay que oírlos con los ojos y verlos con los oídos: volverlos públicos, si sacados del pueblo, devueltos al pueblo”. Se hizo un gran silencio y más o menos sonó así:

Una tarde parda y fría
de invierno. Los colegiales
estudian. Monotonía
de lluvia tras los cristales.
Es la clase. En un cartel
se representa a Caín
fugitivo, y muerto Abel,
junto a una mancha carmín.
Con timbre sonoro y hueco
truenan el maestro, un anciano
mal vestido, enjuto y seco,
que lleva un libro en la mano.
Y todo un coro infantil
va cantando la lección:
“mil veces ciento, cien mil;
mil veces mil, un millón”
Una tarde parda y fría
de invierno. Los colegiales
estudian. Monotonía
de la lluvia en los cristales.

Cuando terminé de recitar el maestro dijo: ahora todos ustedes van a intervenir también, pero sólo dirán el estribillo: “mil veces ciento, cien mil; / mil veces mil, un millón/” y así se hizo: los niños canturreaban a coro el estribillo mientras yo recitaba el verso, repitiéndolo al final varias veces y así se quedaban en el aire los números contantes y sonantes multiplicándose sin fin... Fuera caía la lluvia.

Esa fue la primera vez, don Antonio, pero yo no he dejado de pensar en el misterio de aquel verso. Y por eso aprovecho para preguntarle ahora, esta tarde aquí, por esa curiosa concurrencia al unísono: el primordio binario de la pareja: Caín y Abel, el dos: los primeros en orden nacidos a esa orden (o más bien maldición) de Dios en la Expulsión del Paraíso: “¡Creced y multiplicaos!”. Y que justo en el arranque mismo del dos primero, del par de iguales hermanados, en el inicio y fundamento mismo de la socie-

dad, salta el crimen: acabar con el otro, ser uno, sólo yo sin sombra de otro, necia barbaridad... como si DOS no fuera anterior a UNO: (ya lo decían las viejas de antaño: “Uno es ninguno / dos es uno / y tres ya es.”... Luego sí vendrán los otros, cientos, miles..., pero la primera envidia puja por exterminar al otro, al extraño, al ajeno, no sólo porque puede ser más capaz, o el primero en amor, sino tan sólo porque es asomo de lo desconocido, y su presencia especular amenaza en hacer saltar a UNO en mil esquirlas, y aunque algo de mí seguiría en todas, no sería ya YO TODO, y por tanto no soy el que soy.

Pero hay en estos versos además, por lo bajo y como en sordina, otra presencia viva de la pluralidad idéntica y repetida, de las veces que vuelve lo mismo y otro cada vez, la huella del ritmo como una pauta natural que se complace en repetirse sin fin deshaciéndose: la lluvia que cae gota a gota tras los cristales. Y a la vez, como remedo del agua, la voz de los niños canturreando recuerdan la multiplicación aritmética que aunque cuenta cifras marcadas a su vez se hace canto interminable... Como la copla del agua en las fuentes de piedra: “confusa la historia y clara la pena”: “un algo que pasa y que nunca llega”... que decía usted en otros versos.

Ese juego con el tiempo -con los varios tiempos tan incasables que se entrelazan y contraponen en este verso escolar, “recuerdo infantil”, ¿ya prefigura de modo sencillo y sugerente algunos de los más claros descubrimientos y desengaños, que usted, don Antonio, acertó a dejarnos después más severamente formulado en muchos otros de sus versos y cantares, o planteado en la metafísica de Abel Martín? Seguro que usted tan benévolo y honrado me estará mirando comprensivo y dirá para sus adentros: “¿Y yo qué sé? Si lo dice el verso ¡quién soy yo para explicarlo!”, y dirá verdad y le agradeceré que no me lo explique, que lo deje latir en el misterio, pero por favor a su respuesta no añada lo que el otro don Antonio, mi padre y maestro, no podría haber evitado añadir: “¡vaya, vaya... con la marisabidilla de la niña!”

Sea este, pues, mi homenaje antiguo a aquella primera comunión de sus versos en mi boca. Desde entonces no he dejado de saborear sus palabras verdaderas, y hasta he tenido la osadía, le pido disculpas humildemente, de intentar imitarle, unas veces con más tino que otras, y ese sigue siendo mi empeño a contracorriente de lo que mandan las modas literarias que me tocan y renunciando así a lo que correspondería a un lírico plumífero actual, en mi caso a una poetisa culta puesta al día...(quizá suene eso de “poetisa” un poco cursi, pero claro diríamos poeta a condición de que hubiera “poetos”).

Porque si yo le oigo a usted, que tan clara y desnudamente supo oír al pueblo y trato de imitarle, estoy, a su vez, imitando al pueblo anónimo que acertó a decir y cantar con más gracia, desengaño y brevedad que ningún autor personal, algo verdadero, desconocido: porque la poesía, usted bien lo sabe don Antonio, no es eso indecible y sublime que hacen los poetas que hacen la poesía que hacen los poetas ..., sino un caso de lenguaje que con la recurrencia de ciertas artes combinatorias, acierta a veces, cuando acierta, a desmentir la Realidad y justo con el instrumento mismo que la fabrica: volviendo la lengua en juego de ritmo y razón contra sí misma. Si usted y sus mayores ya abrevaban de las aguas del pueblo, las musas del lenguaje corriente y moliente, los otros que también antes y ahora nos acercamos a abrevar de esas aguas, estamos hermanados en la misma aventura intemporal a la búsqueda de lo común ya que común es la sed y común el consuelo.

3.- Proclama. Juan de Mairena.

Y finalmente, no quiero dejar de lado otro agradecimiento vivo y más actual que le tengo a usted, don Antonio, como profesora (o “trabajadora de la Enseñanza”, como tan groseramente se dice hoy para recordarnos lo del trabajo, por si a algunos todavía nos quedara algo de regusto placentero y gratuito por el enseñar): Se trata del aprovechamiento de las enseñanzas de su Juan de Mairena por mis alumnos de la Universidad en la asignatura de Comunicación y Educación. Les hago leer, releer, debatir y saborear las ocurrencias de ese libro. Y créame que están embelesados. Se ha convertido en un diálogo interminable con los cientos de alumnos, conmigo y entre ellos.

Esto, ya no es diálogo íntimo con usted, sino una proclama que como acto de desagravio quiero hacerle aquí públicamente, y que aprovecho también como urgente demanda de política del sentido común en la Enseñanza: No entendemos cómo un libro que es el acercamiento más claro y honrado al puro razonamiento, una muestra viva de enseñanza no mentirosa, no lo impongan como docencia elemental los Ministerios de Educación de turno) (y más aún si son, perdón, como se decía antes “de izquierdas”). Este manual del bien decir -que es a su vez bien hacer-, debía ser obligatorio de lectura y debate para todos los muchachos y jóvenes y en primer lugar para los propios maestros y todos esos profesionales que se encargan de la llamada Comunicación y sus pantallas No entendemos cómo se puede insistir y despilfarrar tanto en homenajes y efemérides a su persona como autor, “Antonio Machado”, cuando se olvida y desprecia tanto sus enseñanzas. Porque como se decía de Jesús : por sus obras le conoceréis; usted, don Antonio, como persona (aunque especialmente bueno), no se crea, tendería

como todo hijo de vecino a ir tirando a su modo, con sus miedos, con sus esperanzas, ...a esperar el día de mañana....pero sus versos dicen “El que espera desespera /dice la voz popular/ qué verdad tan verdadera” y a continuación “Y la verdad es lo que es / y sigue siendo verdad/ aunque se piense al revés”; con valentía y razón supo soltar lengua y pensamiento: pensamiento liberado del pensador mismo, por eso necesitamos hoy más que nunca el magisterio de su libertad implacable, que cuestionaba hasta el mito mismo de la opinión particular y la libertad personal; ese es el manantial del que bebemos y eso es lo que tendríamos que practicar y repensar cada día... en vez de enterrarle definitivamente en el panteón de la Historia de la Literatura.

La vigencia y utilidad de Juan de Mairena es hoy día capital. Lo es más que nunca, más aún que cuando se escribió que ya lo era y mucho. “Hoy es siempre todavía.”

Veamos un ejemplo de utilidad y razón común: contra esa peste que nos domina hoy día del llamado derecho a la Libertad de Expresión recordemos lo que ya tan profética y sensatamente nos decía Mairena:

“¿De qué nos serviría la libre expresión de un pensamiento esclavo?”

Continuaba Mairena: “La libre emisión del pensamiento es un problema importante, sí, pero secundario y supeditado al de la libertad del pensamiento mismo” ...

Eso que hoy se ha convertido en el gran mito de la Comunicación y la Libre Expresión, ya sabéis lo que es en su mayor parte: *la administración generalizada de la idiotez mayoritaria; la estupidez democrática como suma de la estupidez individual*, sí, de individuos personales, previamente fabricados desde la infancia bajo ese patrón de estulticia, niños de ojos formateados. Hoy día bajo el imperio de la uniformidad mediática de la INFORMACIÓN, no puede ya mantenerse distinción alguna entre individuo y Sociedad: las Masas son Masas de Individuos personales, cada cual con su ilusión de peculiaridad.

La Libertad de Expresión es hoy día no la posibilidad de dejarse hablar en razón común sino un mandamiento, como un mandato obligatorio, una instrucción positiva del Poder, si no sales y te “expresas” en la tele o cualquier pantalla no existes. Es una avasalladora imposición de ruido informativo nada inocente porque con el pretexto de la libertad está precisamente cumpliendo una función esencial: que con la bulla de las opiniones, si alguien dice verdad, no se la oye

Recuerdo aquí el feroz ataque de Buñuel en su libro testamento: Mi último suspiro contra la Información como 4º jinete de la Apocalipsis: Jinete que como él ya entonces sospechaba actualmente se ha convertido en el único, ya que los otros tres han venido a ser el mismo.

Tanto en el Juan de Mairena, (1936) como en el caso de Buñuel en El perro andaluz (año 1929) y después en otras de sus películas posteriores como el Fantasma de la Libertad, se nos presentan muestras vivas -cada cual a su manera y con sus artes- de una preocupación común por distinguir y separar la libertad del hombre de la libertad misma del pensamiento. (Palabra de don Luís: “La imaginación es libre, el hombre no. El pensamiento es libre, el hombre no”). Maestros ambos de la paradoja presentando el conflicto para palparlo mejor, del otro lado: tanto en la obra de uno como en la del otro se nos hace ver unas cuantas muestras de *pensamiento desatado*, precisamente enseñándonos las ataduras del hombre encadenado: la dificultad, el obstáculo: la imposibilidad frente a las infinitas posibilidades. La pregunta de Mairena: *¿De qué nos serviría la libre emisión de un pensamiento esclavo?* se continúa planteada del revés en El perro andaluz con la pregunta: *¿Serviría un pensamiento desatado a un hombre encadenado?* Acción del pensamiento vivo que es demoledora, para la que no hay rejas ni leyes: ya lo decía aquel juez en su película La vida criminal de Archibaldo de la Cruz: “El pensamiento no delinque”.

La tan cacareada y prestigiosa libertad de expresión por muy libre que sea, se nos presenta hoy como una esclavitud, como ley dominante que padecemos: la libre expresión de un pensamiento encadenado.

Por tanto: ¡abajo eso del hablar para expresar la opinión de cada quisque, cuando cada quisque ya es un perfecto servidor de Dios y de usted, como antaño decíamos los niños bien amaestrados...!

Y ya me despido, don Antonio, gracias de nuevo por la bondad y verdad que nos dejó su huella en este mundo... Haremos la despedida al modo de Mairena...

“Vamos, vamos, señores: ¡Agárrenme esa mosca por el rabo!”

Isabel Escudero.

Sevilla 18 de febrero de 2011